

FRANZ, THOMAS R.: *Niebla inexplorada: midiendo intersticios en el maravilloso texto de Unamuno*. Newark, Delaware, Ed. Juan de la Cuesta, 2003. 180 pp.

Una de las novelas, o *nivolas*, unamunianas que más atención e interés han suscitado tradicionalmente ha sido *Niebla*, obra de la que, según Thomas R. Franz, cuanto más se escribe, «más parecen inagotables tanto sus relaciones con otros textos como su propia predilección para inspirar nuevas interpretaciones» (11).

Tal vez ése sea el motivo por el que este conocido investigador unamuniano, asiduo asistente a las salmantinas jornadas unamunianas, se ha decidido a sacar a la luz, de forma conjunta, una serie de estudios suyos sobre algunas de las diversas facetas de esta novela que, a su juicio, «todavía no han recibido la debida atención o que no han recibido atención alguna». Y ello con la intención de que su libro pueda servir como acicate para la continuidad o intensificación de la obra investigadora sobre esa magnífica novela de don Miguel de Unamuno, en consonancia con algunos estudios anteriores que Franz considera especialmente relevantes, como son los de Gayana Yurkevich, Germán Gullón, Paul Olson, Pilar Palomo, Geoffrey Ribbans, Mario Valdés, Armando Zubizarreta, Iris Zavala, Anne Marie Overaas e Isabel Criado, entre otros, todos los cuales tienen cumplido reflejo en la abundante bibliografía que se cita en el libro.

Los nueve capítulos en que se divide el libro están dedicados al estudio de muy diversos aspectos relativos a la conocida novela unamuniana, tanto desde el punto de vista del análisis concreto de cuestiones propias de la misma, como desde la perspectiva de las posibles relaciones existentes entre *Niebla* y otras obras literarias.

Así, en el primero de ellos se comenta la posible conexión entre *Niebla* y *Fortunata y Jacinta*, novela a la que el escritor vasco

dedicó juicios negativos durante las dos primeras décadas del siglo xx. A pesar de ello, Thomas Franz aprecia ciertas similitudes entre ambas novelas, las cuales le llevan a afirmar que resulta chocante «la manera descarada en que Unamuno parece parodiar la obra galdosiana, tomando aspectos claves del argumento, de la caracterización, además de algunos de los motivos centrales, a la vez separándolos del copioso inventario de la sociedad que tanto despreciaba en gran parte de la ficción decimonónica» (33).

En parecidos términos se refiere Franz a las posibles influencias que sobre *Niebla* pudieran haber ejercido obras como *La señorita Julia*, del dramaturgo sueco Augusto Strindberg, estrenada en 1888, y el mito de Pigmalión, especialmente a través del libro x de las *Metamorfosis* de Ovidio y, de forma muy particular, de la versión realizada por George Bernard Shaw. En concreto, y en referencia a ésta última, señala Franz la condición de metateatro de la obra de Shaw y la condición de metanovela de *Niebla*, amén de algunas otras posibles similitudes que habrían llevado al escritor vasco a borrar cualquier huella de influencia de Bernard Shaw, como un castigo «por haber logrado desarrollar de forma cumplida unos años antes que él el mismo motivo que se le había ocurrido a Unamuno a principios de siglo» (154).

Por lo que respecta a influencias generadas por *Niebla*, apunta el autor la relativa a *Bodas de sangre*, de Federico García Lorca, autor que había conocido personalmente a don Miguel en 1916, en el transcurso de un viaje de estudios a Salamanca. Como aspectos más significativos de ese influjo de la obra unamuniana sobre la de García Lorca, apunta los casos de la novelita de don Antonio, intercalada en el capítulo xxi de *Niebla*, y el del propio Augusto Pérez, en lo referido al engaño de que ambos fueron objeto por parte de la figura de la mujer/esfinge, así como la circunstancia de la «castidad masculina prenupcial» que se

aprecia en los protagonistas de *Niebla* y de *Bodas de sangre*.

Otros estudios del libro están dedicados al análisis de los misteriosos planes de viaje a los que alude, en varias ocasiones, Augusto Pérez a lo largo de la novela; al posible trabajo de Víctor Goti en la Bolsa y el componente de azar y riesgo existente en el argumento de la misma; a la interpretación del personaje de Augusto Pérez como reflejo autorreflexivo del propio Unamuno, y, por fin, al único manuscrito existente de *Niebla*, que se conserva en la Casa Museo Unamuno de Salamanca. Un manuscrito del que afirma que «merece un estudio mucho más detenido» que el que él mismo lleva a cabo en su artículo, y que debería ser un estudio que tratase de «imaginar de manera más completa la forma y efectos de la novela sin las interpolaciones realizadas por Unamuno» (165).

Pero, sin duda, el estudio más amplio y más interesante es el que figura en el capítulo III, dedicado al discurso de clases existente en la novela, cuyo esquema social se estructura en varios grupos —«burgueses como Augusto, parásitos de la clase media como Ermelinda, Fermín, Eugenia y Mauricio además de proletarios como Rosario, Liduvina y Domingo—, entre los cuales se establecen distintos conflictos de intereses, que Unamuno plantea de forma cómica, aunque con un trasfondo muy serio.

En suma, un conjunto variado de artículos, de diferente calidad e interés; pero, sin duda, dignos de ser tenidos muy en cuenta, pues, como dice Thomas Franz en tono de conclusión, «lo que importa es el caleidoscopio de la reconfiguración, el acusado absurdo de plasmar una visión eterna y eternizante del ser humano en el acto de configurarse duradero una vez más» (172).

Manuel Cifo González.

ÁLVAREZ GÓMEZ, MARIANO: *Unamuno y Ortega. La búsqueda azarosa de la verdad*. Biblioteca Nueva, Madrid, 2003.

La estructura del texto consta de una introducción y dos apartados. En la introducción se justifica el origen del texto, que es el resultado de la recopilación de una serie de artículos publicados con anterioridad y reunidos en este volumen. Además de esto las 48 páginas de la introducción, que ha sido escrita para este libro, es una reflexión sobre la búsqueda de la verdad, que según el autor es un presupuesto de toda filosofía; y en este caso el tema que da unidad al texto, que por eso tiene como subtítulo: *La búsqueda azarosa de la verdad*.

En esta reflexión sobre la verdad vemos cómo Ortega hace un tratamiento más académico y clásico de la verdad; mientras que Unamuno hace un planteamiento más pragmático, interesándose sobre todo por la verdad del destino humano, que Unamuno ejemplifica muy bien con su metáfora de «mirar a la esfinge». En este apartado nos encontramos con una de las coincidencias de Ortega y Unamuno como es el caso de la crítica del cientificismo en ambos. En nuestro análisis del texto nosotros nos atenderemos a la primera parte, que es en la que trata de Unamuno.

Los cuatro primeros estudios del libro están dedicados a Unamuno. Los dos primeros tratan del proyecto ontológico del primer Unamuno, analizando sobre todo *En torno al casticismo*. Una de las características del libro está en que el autor lee a Unamuno sobre el trasfondo de la historia de la filosofía buscando la profundidad filosófica de los conceptos de Unamuno. Y así en este primer estudio vemos cómo compara a Unamuno con Hegel, así como en la introducción le ha comparado con Cusa y en los otros estudios del texto lo hará con Kant y Spinoza, este es uno de los grandes logros del libro: leer a Unamuno sobre el trasfondo filosófico, porque logra hacer valiosas las

intuiciones de Unamuno al proporcionarles una gran densidad filosófica. El autor cuida bien de distinguir este estudio comparado de la filosofía de Unamuno con lo que sería otro tipo de estudios, más empíricos, sobre las fuentes. No se trata de un estudio de fuentes, sino de una rigurosa hermenéutica de los textos de Unamuno intentando hacer resaltar en los mismos su profundidad filosófica.

En los dos primeros estudios centrados, como ya hemos dicho sobre el proyecto ontológico del primer Unamuno, vemos aparecer el concepto de intrahistoria como esencia de la historia, la relación entre lo universal y lo individual de acuerdo a la idea de vaivén, para diferenciar esa relación de la relación dialéctica hegeliana. Frente a la dialéctica hegeliana, Unamuno practica un método que podemos caracterizar de paradójico, que trabaja en la búsqueda de lo común a través de la contraposición de los contradictorios, como es el caso en el modo de análisis de la tradición como entrega y como progreso, la contraposición entre verdad eterna y devenir temporal, o la contraposición política entre cosmopolitismo y regionalismo.

Es importante el análisis que hace del hecho vivo. En la página 86 llega a decir el autor que las concreciones históricas son aquello a lo que Unamuno llama hecho «de significado similar a la “Gestalt” de Hegel»; así como la comparación del importante concepto unamuniano de *nimbo* con el absoluto de Schelling. «Lo indistinto no es pues ni idéntico ni diferente, ni semejante, ni desemejante y sin embargo es raíz de ambos, más o menos en coherencia con la concepción de Schelling sobre lo absoluto» (92).

El tercero de los estudios se centra sobre la expresión de Unamuno *En torno al casticismo*: «lo que pasa queda» y hace una interpretación rigurosa de esta expresión de Unamuno por mediación de su sintonía con las «analogías de la experiencia» de Kant, volviendo a insistir sobre la no dialéctica del

pensamiento de Unamuno. «Pero de hecho, y por razones ya apuntadas, en Unamuno no encontramos una concepción estrictamente dialéctica, aunque sí hay, como él mismo dice, una “afirmación alternativa de contradictorios” o un “vaivén de hipérboles”» (100-101).

El último de los estudios sobre Unamuno se centra en el análisis de la recepción de Spinoza por parte de Unamuno, concentrándose en la presencia de Spinoza en *Del sentimiento trágico*. Discute con mucho cuidado la interpretación de Meyer, que en la edición del texto de Unamuno por Manuel García Blanco es posiblemente la causa de una corrección del texto del propio Unamuno. En este sentido escribe como conclusión de toda esa discusión: «Ocurre entonces que, paradójicamente, por la vía de un nuevo error, el de identificar la sustancia con la esencia, Unamuno viene a dar en lo que es fundamental en este caso, lo propio y constitutivo de las cosas singulares» (147).

Analiza luego el tema de la esencia del hombre y el de la inmortalidad entendida como un anhelo, aunque no en el sentido feuerbachiano. Y clarifica muy bien los aspectos que Unamuno asume de Spinoza y aquellos en los que se diferencia de él. «En lugar de derivarse de la sustancia, la perpetuación en el ser y en definitiva la inmortalidad, se invierte el proceso y se hace derivar de la inmortalidad la noción misma de sustancia y con ello la índole misma del “conatus”, que implica no sólo un tiempo indefinido, sino imperecedero según la interpretación de Unamuno, lo cual va más allá de lo dicho por Spinoza, tal como hemos visto más arriba» (160). Este apartado del texto concluye con el análisis de la mediación de Hume y Kant, que permite que aparezcan importantes matices en el texto de Unamuno, el cual «aunque no es spinozista, pues que no se ajusta al sistema, el planteamiento es spinoziano» (163).

Estamos, pues, ante un importante texto exégetico sobre el pensamiento filosófico de Unamuno, que contextualiza muy bien a nuestro autor en la corriente de la historia de la filosofía, permitiéndonos descubrir como lectores la profundidad filosófica de las afirmaciones de Unamuno.

Cirilio Flórez Miguel.

LUJÁN PALMA, EUGENIO: *Trayectoria intelectual del joven Unamuno: Historia de una crisis de fundamentos*. Bilbao, 2003, 314 pp.

Hasta hace muy poco, el joven Unamuno era casi un desconocido. De sus años de juventud sólo se contaban algunas anécdotas sin importancia, sucedidos e incluso chascarrillos, recuerdos de niñez y de mocedad. Basta leer algunos libros, aun los mejor informados, para constatar que «el joven Unamuno» apenas había sido investigado. Se rellenaba este espacio en sus biografías buceando en sus libros, sobre todo en *De mi país* y en *Recuerdos de niñez y de mocedad*, y citando las cosas que él escribió de sí mismo mucho tiempo después de ocurridas. Las raíces de su pensamiento, la evolución de sus ideas por aquellos años, los motivos cardinales de su actuación, los porqués de todo ello quedaban fuera del relato.

Se empezaba a contar su vida adulta desde que Unamuno empieza a publicar libros: *En torno al casticismo*, *Paz en la guerra*; desde que es un respetable catedrático y un escritor reconocido. Lo anterior quedaba envuelto en la nebulosa... Pero desde que se sabe que los seres no surgen por generación espontánea, se sabe también que hay que explicarse muchas cosas por sus antecedentes. Que es necesario estudiar los años de crisálida para poder luego llegar a ver a la mariposa. En el caso de Unamuno, esto es doblemente cierto, dada la complejidad del caso, la riqueza de aspectos y

matices y la radicalidad con que en esos años decisivos se esfuerza por afianzar las bases de su personalidad futura.

Desde hace algunos años, el profesor Ereño Altuna viene aportando materiales que iluminan aquellos años con datos precisos, con documentos nuevos, alguno verdaderamente sorprendente. Sus trabajos en esta dirección son imprescindibles para el conocimiento de esa etapa de su vida tan poco conocida hasta ahora... Ha escrito sobre las diversas oposiciones a que se presentó Unamuno, sobre el concurso para la provisión de una llamada «cátedra» de euskera, a la que concurrió Unamuno, sobre sus ideas lingüísticas, especialmente sobre las contenidas en su tesis doctoral, que ha editado y comentado con gran conocimiento de la materia, sobre sus colaboraciones en *La lucha de clases*... Ahora trabaja sobre el Unamuno socialista; sobre su ideas como teórico y adherido a esa doctrina.

El descubrimiento y publicación por este profesor de su artículo *La unión constituye la fuerza*, sirvió para llamar la atención sobre ese no ya joven, jovencísimo Unamuno - tiene entonces 15 años- que se debate en el confuso Bilbao que sigue a la abolición de los fueros, llamando a vascongados y a navarros - a todos los que estuvieran dispuestos a defender el modelo del Antiguo Régimen absolutista y teocrático- a unirse y armarse contra la vertiente liberal de la sociedad vasca. Todos unidos contra los liberales, que pretenden cambiar nuestro idílico modo de vivir, antiquísimo y consagrado por la tradición.

Por ese artículo -el primero que publicó así como por otros interesantes materiales que recoge o cita el libro que comentamos, se tiene ya el conocimiento de «un jovencísimo Unamuno alistado en las filas tradicionalistas, que defiende los postulados del ala intransigente de los fueristas».

También el profesor Laureano Robles ha rescatado algunos textos de sus años adolescentes, que iluminan con una luz

nueva el tiempo en que estuvo metido en lo que don Miguel llamó el «vago romanticismo vascongado», sobre todo en su libro de reciente aparición *Escritos inéditos sobre Euskadi*. —Así esas *Lamentaciones*, entre ossiánicas y jeremíacas, tan esclarecedoras— Salvo la utilización abusiva y viciosa del término Euskadi, aplicado a una realidad que evidentemente no es la correcta y que no tiene correspondencia con ella —quizá por complacencias políticas o de otro tipo, o por la presión del ambiente o de lo políticamente correcto— es obligado reconocer el trabajo del doctor Robles y su valiosa dedicación a la rebusca de materiales, que han resultado de gran valor para el conocimiento de esos años (y no sólo de esos años).

Aun se cree que pueden aparecer entre los papeles que dejó Unamuno nuevos textos, fragmentos o cartas que ayuden a documentar aun más, si cabe, sus años adolescentes, su etapa de integrismo religioso y político, fruto de su formación en un país que había salido de una guerra cruel y que se debatía buscando un encaje a un sistema tan atípico; un difícil encaje a los fueros en el entramado constitucional nacido de la Restauración: aquel «sin perjuicio de la unidad constitucional de la monarquía».

Ahora, el profesor Eugenio Luján Palma, aprovechando esta labor de documentación y exégesis, y la aportación de nuevos textos coetáneos, nos da una interpretación de conjunto, que sienta las bases para un conocimiento más pleno del Unamuno joven, de su evolución ideológica en los años de su primera crisis, sin duda la más profunda y decisiva de todas las que sufrió a lo largo de su vida, que le llevó a otras playas de mayor rigor y exigencia intelectual, no sé si de mayor hondura y serenidad. Una crisis de fundamentos, como la califica acertadamente; en realidad una crisis de madurez, que arrastró los cimientos de su personalidad infantil o adolescente, que se había formado arrimada a las lecturas de Balmes y Donoso, a las prédicas integristas de los curas aquellos del *Syllabus* y a los artículos

y a los discursos de los llamados fueristas intransigentes, entre los cuales estaban los llamados «euskalerríacos», es decir los defensores irreductibles de un principio de derecho divino —la tradición, en definitiva— que permitiera legitimar la singularidad de lo vasco frente a la España constitucional.

Para analizar la evolución de Unamuno en estos años cruciales, el doctor Luján Palma analiza el contexto en que aquellos cambios se producen: la realidad política de la España que emerge del Sexenio e intenta encauzar su vida a través de la Constitución del 1876, las ideologías en conflicto, la situación de la Universidad de Madrid, el llamado problema vasco... Todo ello apoyado en una batería de datos que hacen ya irrefutable y definitiva su argumentación. Con este libro puede decirse que se entra ya en el conocimiento cabal del Unamuno joven, de su «crisis de fundamentos».

¿Qué pasa por el alma de Unamuno entre 1879 -año en que se publica el artículo *La unión constituye la fuerza-* y, aproximadamente, 1888? Éste es el tema central de este libro. Tema apasionante para cualquier estudioso que quiera conocer la crisálida de la que salió la mariposa, ahora que se habla tanto del joven Hegel, del joven Renán, del joven Nietzsche...

Es de destacar la importancia decisiva que el autor concede en este cambio de rumbo en su vida intelectual a sus años universitarios y a la influencia de sus profesores, mayoritariamente krausistas. Así puede valorarse el efecto catártico que ejercieron, que hubieron de ejercer, sobre el tierno y maleable Miguel de Unamuno, los krausistas Lázaro Bardón, Sánchez Moguel, Fernández y González, el hegeliano Castelar, Morayta, el jacobino, a quien sin duda debe Unamuno mucho más de lo que se supone.

Debió ser muy importante la influencia de este profesor, -no sólo, claro, por lo que se refiere a Unamuno- que escribió ese fragmento libertario que en el libro se cita y que coincide con muchas de las cosas que luego

escribiría don Miguel a lo largo de su vida sobre la libertad de las ideas, sobre la elección de ideología sin dogmatismos ni coacciones.

Tampoco se le ha pasado por alto al autor el que, para la solución de esa crisis, hubo de contar mucho el mundo de fuera de la Universidad. Madrid, aun para un joven como Miguel de Unamuno, tan poco disipado, aunque con una curiosidad intelectual insaciable, que apenas salía del cuarto de la pensión, no era sólo la Universidad. No fue sólo la Universidad la matriz donde aquella gestación larga, y sin duda dolorosa, tuvo lugar. Eran muchas más cosas: los periódicos, los debates del Congreso, Pi y Margall, las cátedras y el ambiente del Ateneo...

Quizá lo verdaderamente sorprendente de este trabajo, —aunque ya lo había apuntado también el profesor Ereño— sea documentar que la crisis de fundamentos del joven Unamuno coincide con la crisis de los fundamentos de una sociedad, la vasca, crisis muy profunda ya que parece no haberse resuelto aun del todo. Y que ya por aquel entonces, recién acabada la guerra carlista, llenaba de zozobra la vida parlamentaria española y la vida toda de los habitantes de las llamadas provincias vascongadas, en las que los más —los 'fueristas liberales'— buscaban el encaje de aquella situación en la monarquía constitucional, pero de la que surgió también un ala levantisca, intransigente, —'prebizkaitarra'— que pretendía acampar extramuros del orden constitucional, haciendo apelaciones al orden divino, y soñaba crear su paraíso euskaldún con Jaungoikoa y las leyes viejas, en cuyos alledaños estuvo acampado, o a punto de acampar, un Miguel de Unamuno apenas salido de la adolescencia.

El autor de este libro en algún momento parece olvidar o desconocer que junto al fuerismo «intransigente» existió un fuerismo «transigente», el fuerismo liberal, que fue el que a la larga triunfó y llevó a cabo el pacto que cristalizó en el concierto económico.

Un fuerismo liberal, que agrupó a buena parte de los liberales vascos, y que debe mucho a la doctrina de los entes intermedios que está en muchos teóricos del derecho de origen krausista: Krause, Giner, Pérez Pujol, Santamaría de Paredes... de la que se alimenta también la doctrina del pacto y de la transacción de Cánovas, «el más importante hombre de estado que ha producido España desde los tiempos del Cardenal Cisneros» al decir de Marañón.

Con la operación Cánovas se trataba, ni más ni menos que de salvar los restos del naufragio foral. La solución no contentó a todos, es evidente pero sí a una buena parte del país. Hasta Sagarmínaga, el abanderado del fuerismo intransigente, se ablandó y transigió con el concierto económico por las ventajas económicas y de otra índole que les otorgaba.

El capítulo quinto, uno de los más interesantes por la rica documentación que maneja, es el que trata del reencuentro del Unamuno nuevo con la villa de la que salió para estudiar y renovarse. Es el del triunfo del ideal liberal en la mente y en el corazón de Unamuno. El de su regreso con el doctorado y el de su reimplantación en la villa, que dejó cuando fue a Madrid para sumergirse en la ciencia. Porque aquel su mundo tierno y familiar del bochito, aquel su romanticismo tradicionalista y ossiánico, se había acabado para Unamuno, según Luján Palma, hacia 1888, cuando hubo pasado ya el ecuador de su carrera...

Se nos dice que el Unamuno egresado de la Universidad de Madrid se propone hacer la revisión crítica de un pasado más o menos mítico, que en aquella encrucijada histórica se está poniendo en cuestión. Es el choque de dos concepciones que resultan incompatibles. El positivismo, en el que Unamuno se ha instalado, trata de barrer el tradicionalismo teocrático que los autores del romanticismo imperante intentan petrificar y dejar cerrado en su esquema paleontológico: eso que un patriota iluminado

resumiría en Jaungoikoa y las leyes viejas, como si el pasado no fuera modificable y pudiera impedirnos evolucionar hacia un destino mejor para nuestro pueblo.

El problema que se le plantea a Unamuno después de su baño de racionalismo en la Universidad Central, es ciertamente la sustitución de la metafísica idealista, del pensamiento tradicionalista, por el racional, científico, por el liberalismo y el positivismo, porque eso es lo que está en juego... Y si fuera posible vencer la resistencia que los euskalerríacos y los reaccionarios todos oponen a la modernización del cuerpo social que los liberales tratan de llevar adelante...

Pero lo que empieza a ser escandaloso, parece ser, en aquella sociedad y en aquella situación, es que aplique criterios 'científicos', naturalistas y darwinianos, tanto a la raza como a la lengua vasca y se aparte de los criterios teológicos y tradicionalistas.

«Hoy dos partidos diversos luchan por lo perdido; el uno quiere volvernos a la cuna, tornarnos a la barbarie de que salimos; el otro, llevarnos adelante, educarnos en la civilización; aquel trata, en nuestra lucha con el espíritu moderno, de volvernos al viejo; éste trata de acomodarnos a él; yo creo que debemos buscar el espíritu del porvenir». «Hay que resistir dentro al espíritu reaccionario, al último fondo del alma que se revela; hay que desengañar a los engañados: el paraíso no está en el pasado, está en el futuro».

El Unamuno ya doctor en Filosofía y Letras choca con esta concepción que en el País Vasco se yergue anacrónica ya, a la luz de las teorías antropológicas y lingüísticas del positivismo que Unamuno profesa. Mantiene algunos debates, alguno muy enriquecedor, como el que sostiene con el catedrático Tomás Escriche en la *Revista de Vizcaya*; debate, o simple intercambio de ideas de alto nivel. Pero hay otros más agrios que se anuncian en los periódicos del dogmatismo intransigente. Le atacan los

euskalerríacos desde *El Norte* o el *Lau Buru* hasta *El Noticiero*. Incluso Campión entra en la liza... Le consideran enemigo del Pueblo Vasco y de sus fueros. Enemigo del Pueblo Vasco. Eso es demasiado...

Unamuno, a la larga, trata de soslayar la polémica barata de periódico: «Hablan de mi conferencia de oídas... No dan la cara... La boca se ha hecho para hablar y entenderse, no para morder al prójimo y escurrirse luego». Todo esto, a juicio de Luján Palma, traduce la tensión emocional e intelectual que Unamuno está viviendo en su Bilbao natal.

Y se harta. Sabe que tiene aun su vida por resolver. Quiere casarse pronto y vivir de la pluma y, si posible fuera, de una cátedra. Se prepara para esas cosas... Estudia de firme, hace oposiciones y, en cuanto puede, toma otro rumbo.

Este libro insustituible nos permite leer aquellos textos, algunos conocidos y otros nuevos, repensar las ideas vertidas en ellos, algunas, sobre todo las que dedica al euskera, muy puestas en razón y en buena parte válidas aun hoy en día: «¿Recuperar el euskera? -dice- Sí, pero ¿cómo? Hay mucha gente que quiere aprender euskera, pero que no hace ningún esfuerzo para ello y así no hay manera... «El renacimiento euskárico tropieza con el positivismo práctico de la masa del pueblo vasco. ¡Dicen que es tan difícil! ¡Tiene tan poca aplicación! Decididamente, vale más aprender inglés»... «Con zortzikos, banderas, lamentaciones jeremías, quimeras pseudohistóricas, juegos florales y cultivo de estufa nada se hará»... «Me importa poco que hablemos vascuence, castellano o lapón, lo que deseo es que nos entendamos, cosa que por desgracia no sucede».

Desde su regreso, no puede por menos de sentirse en una tierra, que es la suya, pero que a causa de sus ideas se le va volviendo incómoda, por no decir hostil. En sus cartas se queja de esto a Pedro de Múgica, a Juan Arzadun...

Muchas cosas de nuestra historia, de la historia del País Vasco, no se pueden explicar si no se conoce en profundidad el ambiente asfixiante de Bilbao, de aquel Bilbao que obligó a tantos a salir de aquí. «Es una lástima que haya que salir de ahí para no ahogarse», le escribe a Arzadun el 29 de marzo de 1900. Y se siente «catapultado hacia otros destinos», lejos de su Bochito, al que ahora llama charca.

El cientificismo de que hacía gala en sus escritos, se le tornó incómodo y aun peligroso para su desenvolvimiento social en aquella sociedad en la que quería organizar su vida... Evidentemente, a Unamuno no le entendieron. No le entendió «su» Bilbao.

El desencuentro existió y fue lacerante. Así el 12 de diciembre de 1900 le escribe a su amigo Juan Arzadun desde Salamanca: «Te hablo de mí mismo con entero abandono, con absoluta franqueza. Creo ser hoy uno de los hombres más representativos de nuestra raza vasca, con perdón de esos desdichados que ahora me llaman traidor, mal hijo y renegado, y si ellos se obstinan en su ceguera y en seguir apegados a sus mezquindades, quédense cantando el *Guernicaco* y hablando de los fueros, que nuestra raza irá conmingo a otros destinos y a otra labor».

El también defiende el fuero, se acoge al fuero, pero tiene de él un concepto radicalmente distinto de los que han hecho del fuero un arma arrojadiza. «El espíritu del fuero es el espíritu del individualismo; defender al individuo contra los abusos de toda autoridad civil o religiosa. Todo eso de la religiosidad del fuero, entendida como muchos la entienden, es música celestial».

«Los pueblos, como los hombres, tienen conciencia; el hombre viril y digno pide la libertad de la suya porque ésta le basta para dirigirse; pueblo viril somos, pidamos también la libertad de nuestra conciencia». ¿No resuena aquí Morayta?

La rebeldía de Unamuno se hace patente entre 1886 y 1891 en la sociedad El Sitio,

que es la cátedra o la tribuna desde la que Unamuno predica su nueva fe liberal, su ruptura con el tradicionalismo y sobre todo su fe en la ciencia (en la ciencia positivista): la antropología, la biología, la filología, la sociología, el folklore... cuando se ocupa de la lengua y de la raza vascas.

Cuando pretende hablar al pueblo vasco del pueblo vasco, de su lengua o de su raza, con criterios que él cree científicos, se arma la gorda. Le paran los pies o tratan de pararle los pies los detentadores del integristo o del fundamentalismo vasquista o basquista. Bien con «b», bien con «v».

En este orden de cosas, resulta muy esclarecedora la carta de su antiguo amigo Práxedes Diego Altuna, acusando a Unamuno de «desviacionista». De haber evolucionado y haber olvidado sus antiguas ideas, así como la del otro amigo bilbaíno, militar, que, desde Méjico le escribe recordándole también su pasado de fuerista intransigente.

Se puede ver, pues, cuál es el ambiente de hostilidad en que vive Unamuno por estas fechas. ¿Cómo se sentiría cuando leyese las páginas donde le vienen a señalar como traidor a su tierra, por criticar desde el conocimiento científico lo que por costumbre se ha tenido como verdadero?

Llega un momento en que Unamuno se asfixia materialmente en aquel ambiente. En las cartas de aquellos días, sobre todo en las dirigidas a Pedro de Múgica, y a Juan Arzadun, está patente su disgusto. Las primeras son un grito de angustia y una acusación a la sociedad de sus compatriotas: parvenus, mercaderes... le llega a decir que aguanta vivir en ese pueblo únicamente por su novia.

«Esta soledad en que vivo... Aquí me hallo casi solo, no tengo de qué hablar con mis paisanos, lo que a ellos les interesa fuera del negocio me parecen sandeces, lo que me interesa a mí son para ellos chifladuras o filosofías... Aquí hay el insufrible orgullo del *parvenu*, la necesidad inaguantable del hijo del rico improvisado. A esto se añade

una vasta asociación de aplanamiento que hace guerra cruel a quien no canta a coro en este charco de ranas... Vivo aislado de toda esta gente que toma la religión como escalera de medro.

Este libro ilumina con una luz nueva todo este proceso doloroso al final del cual está ya el Unamuno liberal, manumitido, catedrático de Griego en Salamanca, casado

y dispuesto a librar otras batallas, a asumir las tesis del anarquismo, a afiliarse al Partido Socialista, donde coincidirá con otros espíritus libres, a escribir sobre otras cosas, a ser él, con otras crisis y otras historias: el Unamuno ya conocido y estudiado por tantas plumas en tantos lugares del mundo.

Gregorio San Juan.